



La interacción con gracia aporta mucho más que controlar la ira

Más que controlar la ira

por Lynn Kauffman

Hace años participé en sesiones para aprender a controlar la ira, que se dieron en el campus de nuestra iglesia. Una asociación secular de consejería alquiló una de las aulas para un curso de un año, con sesiones semanales de dos horas. La veintena, más o menos, de hombres en la clase estaban obligados a asistir por orden de un juez, para aprender a afrontar sus problemas de ira que habían desembocado en violencia de género contra sus parejas.

Yo nunca he tratado con violencia física a mi esposa e hija, pero la dificultad para controlar la ira me había llevado, para mi gran vergüenza, a explosiones de palabras iracundas en casa. A veces fueron también mis compañeros de trabajo el objeto de estas explosiones de ira verbal. Seguramente tan destructivo como esas explosiones de emoción venía siendo mi capacidad de enmascarar una ira a fuego lento entre explosión y explosión. Mi sonrisa benigna por fuera venía acompañada muchas veces de una tormenta emocional por dentro. Eso me estaba destrozando las relaciones y las emociones. Así que agradecí que el consejero a cargo me permitiese participar en la clase. Es cierto que tenía algo que contribuir a

la clase, pero también tenía por dónde mejorar.

Tres tipos de ira

La Biblia es un recurso sorprendente para comprender la naturaleza de la ira. En el Nuevo Testamento hay tres palabras diferentes para decir «ira». Las tres aparecen en Efesios 4.

En Ef 4,26 Pablo escribe: «Airaos pero no pequéis». La palabra aquí es *orgē*, la ira justa. La *orgē* debería ser la indignación que sentimos cuando observamos injusticias o cuando padecemos por la maldad de otros. Sin embargo si se le da rienda suelta puede conducir a formas más duras de ira y a comportamientos perjudiciales. Hasta nuestros cuerpos pueden empezar a sufrir las consecuencias de la ira incontrolada. Cuando respondemos correctamente, esa ira justa nos guiará para que vivamos como es justo y sepamos poner remedio a la injusticia o el mal que hemos observado.

Jesús y Pablo emplean esta misma palabra, *orgē*, con un sentido negativo. En esas situaciones, la palabra describiría una ira no justa. Es el contexto lo que determina si la ira es justa o no. Jesús llega a afirmar que esa clase de ira es lo mismo que el homicidio, y que tanto la ira no justa

como el homicidio incurren en culpabilidad punible (Mt 5,21-22).

En Ef 4,26 Pablo prosigue para aconsejar: «Que no se ponga el sol estando vosotros todavía airados». La palabra griega ahora es *parorgismos*, y describe la exasperación, el nerviosismo, la irritación. Yo me lo explico como esa rabia interior disimulada bajo la apariencia de amabilidad. Es ira más fuerte que la *orgē*, y puede desembocar fácilmente en *thumos*, que es la siguiente forma de ira que menciona el texto. Por este motivo Pablo dice: «No deis cabida al diablo» (Ef 4,27). Satanás se especializa en conducirnos de mal en peor. Le encanta llevarnos en dirección a «toda amargura, furia y rabia, gritos e injurias, con toda maldad» (Ef 4,31).

La ira *thumos* es de muy corta duración. Es la ira más destructiva. *Thumos* es el sentimiento intensísimo de furia y rabia. Genera una conmoción turbulenta en el interior que nos impulsa a expresar nuestra ira en formas más destructivas.

El gozo de perdonar

Yo he padecido cada una de estas emociones. No obstante puedo decir, con gozo, que también he experimentado victorias cada vez mayores contra las formas más destructivas de la ira. Me siento hondamente agradecido por la sanación espiritual y emocional que Dios ha traído a mi vida, conforme he buscado su perdón.

También estoy agradecido por aquellos hermanos y hermanas a



También en este número:

Dejárselo todo a Dios	3
Testimonio de reconciliación	5
La justicia de Dios	6
Diccionario: sacerdocio	8

quienes he hecho daño en el pasado pero me han perdonado. Las palabras: «Te perdono, Lynn» suenan como música en mis oídos, me lo diga Dios o me lo digan aquellos contra quienes he pecado.

Los beneficios del perdón y la reconciliación son muchos. La semana pasada nos encontramos para comer juntos con un hermano en Cristo, con quien perdí los estribos hace unos diez años. Con el paso del tiempo, Dios me transformó de lo que venía a ser odio en el corazón, a tener ahora un corazón que desea honrar a este hermano. Antes procuraba evitar cruzarme con él. Ahora me produce placer estar con él.

Hace algunos años me sorprendió ver a un hermano en la fe, que había sido parte de un equipo pastoral que me entrevistó cuando yo era candidato para el ministerio pastoral de su iglesia. Años antes, yo había tenido mis más y mis menos con él. Nuestra relación se había estropeado. Tristemente, el sol se puso muchas noches mientras yo seguía airado. Esto me provocó sufrimiento. Hoy es una persona a quien admiro mucho. Él también me perdonó cuando pedí su perdón. Es siempre un placer que nuestros caminos se crucen.

Hasta que me muera, siempre padeceré la tentación de pasar más allá de la ira justa, a una ira no justa, una ira que tiene todas las de arruinar relaciones. Satanás no se da por vencido; él es así.

Las bendiciones de la interacción con gracia

Una herramienta nueva en mi arsenal espiritual viene de la interacción con gracia, especialmente con aquellos que me han herido. Creo que Dios quiere llevarnos más allá de solamente controlar nuestra ira, guiándonos a las benditas aguas de la interacción con gracia. Controlar la ira está bien, pero la interacción con gracia está mejor. ¡Mucho mejor! En realidad, la interacción con gracia nos capacita para superar más eficazmente nuestra ira y encontrar vías a la reconciliación.

La exhortación de Pablo en Ef 4,31: «Despojaos de toda amargura, furia y rabia, gritos e injurias, con

Interactuar con gracia con los demás es un proceso difícil, costoso. No nos sale instintivamente ser buenos, bondadosos, sensibles, amables, llenos de bondad y perdón para aquellos que nos han herido.

toda maldad», describe lo que supone controlar la ira. En el versículo 32, donde Pablo nos insta: «Sed al contrario buenos y bondadosos unos con otros, perdonándoos unos a otros», describe lo que viene a ser interacciones con gracia.

La interacción con gracia no es algo que se consiga del día a la noche. Pablo dice, literalmente, algo así como «iros transformando en buenos y bondadosos». Interactuar con gracia con los demás es un proceso difícil, costoso. No nos sale instintivamente ser buenos, bondadosos, sensibles, amables, llenos de bondad y perdón para aquellos que nos han herido.

Creer en esta gracia es más fácil cuando recordamos cómo Dios nos ha perdonado a nosotros. Pablo pone: «[...] perdonándoos unos a otros como Dios en Cristo os perdonó a vosotros». Es notable que Pablo nos estimula a recordar cómo nos hubo

Es notable que Pablo nos estimula a recordar cómo nos hubo perdonado Dios. Recordamos su espíritu benevolente, su bondad y amabilidad y compasión, cuando le herimos en el pasado. Por consiguiente, manifestamos también misericordia y perdón a otros en el presente.

perdonado Dios. Recordamos su espíritu benevolente, su bondad y amabilidad y compasión, cuando le herimos en el pasado. Por consiguiente, manifestamos también misericordia y perdón a otros en el presente.

La palabra griega que emplea Pablo para decir «perdonar» expresa más que solamente pasar por alto el mal. Es conducirse con gracia en la relación (de ahí nuestra referencia a «la interacción con gracia»); conducirse de formas bondadosas y benevolentes; perdonar *gratis* (es decir con gracia, por gracia), dar sin esperar nada a cambio.

Recordar la gracia con que nos trató Dios nos pone un ejemplo de cómo tratar con gracia a los demás hoy. Jesús dijo algo parecido acerca del amor: «Os pongo un mandamiento nuevo: Como os he amado yo, que os améis así entre vosotros» (Jn 34,35). Al reconocer cómo se expresa su amor por nosotros, sabremos cómo amar a los demás. Al reconocer la compasión con que nos trata Dios, sabemos cómo ser compasivos con los demás.

Jesús dice en Mt 5,7, *Dichosos los que se compadecen, porque tendrán quien se compadezca de ellos*. Somos dichosos, felices, cuando escogemos el camino de la interacción con gracia. Las bendiciones son muchas en el camino de Jesús, nuestra lucha contra la ira no justa, la amargura, la rabia y furia. Y todo empieza con Jesús. Jesús nos trata con compasión y por consiguiente, nosotros tratamos con compasión a los demás¹.

¹ Este artículo apareció el 1 d enero, 2018, con el título «Beyond managing our anger», en [Christian Leader](#).

Sanar el trauma ayuda a nigerianos a vivir con el dolor y el duelo que ha traído Boko Haram a su región

Dejárselo todo a Dios

por Linda Espenshade, para el Comité Central Menonita - MCC

Chibok (Nigeria), 29 de diciembre — Acariciando una foto escolar de su hija, Kolo Adamu está sentada a la entrada de la Iglesia de los Hermanos en Chibok, Nigeria. Recuerda los meses después de que la adolescente fuera raptada por Boko Haram, un grupo islámico infame por su brutalidad.

—Al principio no pude hacer nada —recuerda Adamu. Solo era capaz de angustiarse, a cada instante, pensando en lo que podía estarle pasando a su hija—. Cuando comía, me preguntaba si mi hija estaba siendo alimentada. Me preguntaba si seguía con vida.

Noemí Adamu fue una de las más de 200 menores raptadas en 2014 en la Escuela Secundaria Estatal de Chibok. Muchas, entre ellas Noemí, eran de familias de congregaciones de la *Ekklesiyar Yan'uwa a Nigeria* (EYN), la Iglesia de los Hermanos en Nigeria. Cada miércoles por la mañana, Kolo Adamu se reunía con otras mujeres en la iglesia para orar.

Le resultaba imposible motivarse para trabajar en la finca o cuidar a sus otros seis hijos como antes. Por la severidad del estrés emocional que sufrieron Adamu y su esposo, se acabaron separando. Hubo momentos, confiesa, que pensó en suicidarse: «Voy a ir al pozo de agua y tirarme».

No está sola, ni mucho menos, en tener que vivir con el trauma ocasionado por Boko Haram, que intensificó sus ataques en el norte de Nigeria en 2013 y 2014. Según Zakariya Amos, secretario general adjunto de EYN, a mayo de 2017, unas 700.000 del millón de personas que asisten a las iglesias de la denominación habían sido desplazadas por la violencia del grupo.

Boko Haram se hizo con la población de Mubi, donde está la sede central de EYN, en octubre de 2014. Los líderes de EYN y otros residentes huyeron a la selva esquivando balas, saltando sobre cuerpos muertos y acabando separados de miembros de



sus familias en el caos de llegar a lugares más seguros.

A principios de 2015, después de reagruparse en Jos (unos 600 km más al sur) donde está la sede de MCC, los líderes de EYN participaron en talleres de sanación de trauma que patrocinaba MCC.

Después MCC envió un equipo de miembros de EYN a Ruanda para informarse sobre «Sanar y Reconciliar Nuestras Comunidades (HROC, por sus siglas en inglés), un programa de sanación de trauma creado tras del genocidio en Ruanda. El equipo regresó a Nigeria para crear un sistema de preparación de orientadores para

talleres, y empezaron a dar talleres que hasta hoy siguen contando con el apoyo de MCC, entre otros como la Iglesia de los Hermanos en EEUU.

Gabriel Vanco asistió a uno de los primeros talleres aunque estaba dedicado a organizar una represalia violenta contra sus vecinos musulmanes. Boko Haram obligó a Vanco y su familia a huir de su hogar en Uba durante la misma ofensiva en 2014 que vació Mubi. Perdió amigos, parientes y propiedad, y él y sus amigos estaban comidos de amargura porque sus amistades y vecinos musulmanes no habían tenido que marcharse. «Como no huyeron, nos parecía que



Kolo Adamu



Gabriel Vanco

seguramente es que apoyaban a Boko Haram» —dice.

El segundo día, oyó a otros en el curso contar lo que habían sufrido.

—Esta persona, su padre fue asesinado delante de él. Su esposa e hijos fueron llevados a la Selva de Sambasi (donde la sede de Boko Haram), pero a pesar de todo sigue con la mentalidad de decir: «Sí, yo quiero entregarle este dolor a Cristo». ¿Y qué de mí? No hay motivo para que siga aferrándome a estas cosas en mi corazón.

Fue un momento transformador, dice Vanco, por cuanto unas personas que habían sufrido enormemente, estaban dispuestas a perdonar.

El perdón es uno de los temas que añadieron los líderes de EYN al temario de HROC para adaptarlo a las enseñanzas de la denominación. Es una de las formas de que la gente pueda proseguir con sus vidas.

—El perdón es una elección. Nadie me obligó a ello —dice Vanco—. Nace del corazón. Si no perdono... Cargaría solamente yo con ello.. A ellos (Boko Haram y sus adeptos) les da igual, harán lo que quieran hacer. Sería yo el que seguiría con la carga pesada.

En 2015 Adamu asistió a uno de los talleres en su iglesia y se sigue aferrando a lo que aprendió ahí: «“Hay que dejarle todas las cosas a Dios. Él es el creador. Él sabe bien todo lo que pasa en lo que él ha creado”. A partir de ahí, se lo he

dejado todo a Dios. Si no es Dios, no hay nadie que lo pueda hacer».

Llegar a este punto de sanación llevó su tiempo, más de dos años, reconoce, pero está agradecida al taller por haberla ayudado a dejárselo todo a Dios y perdonar. «Si no fuera por esa sanación —dice Adamu— me habría vuelto loca».

Empezó a recuperar energías después del taller, para poder atender otra vez a su familia. Empezó a realizar voluntariados en la iglesia, empezó a comer de manera regular, a bañarse y vestirse bien, según cuenta. En mayo de 2017 Boko Haram dejó en libertad a Noemí, la hija de Adamu, junto con otras 80 menores; pero hasta hoy siguen faltando 100 de las chicas de Chibok.

En cuanto a Vanco, para él dejárselo todo a Dios significó convencer a los otros jóvenes que la venganza no

El perdón es uno de los temas que añadieron los líderes de EYN al temario de HROC para adaptarlo a las enseñanzas de la denominación. Es una de las formas de que la gente pueda proseguir con sus vidas.

es la mejor respuesta. Al principio no querían escucharle, pero al final entre él y su pastor consiguieron convencer a la mayoría de ellos a abandonar su plan.

Vanco acabó siendo uno de los 130 moderadores basados en la comunidad, para talleres HROC a los que han asistido más de mil personas. También es uno de los 149 compañeros de escucha, personas adiestradas para saber cómo escuchar en profundidad, en sesiones individuales para personas que han sufrido trauma.

—La mayoría de los que pasamos por ese período de insurgencia, nunca tuvimos el tiempo ni tampoco las personas que supiesen escuchar lo que nos había pasado —dice Vanco—. Cuando uno se propone escuchar lo que alguien quiere contar, me parece que avanzamos mucho en el camino hacia su sanación².

² Este artículo apareció en la [Web de MCC](#). Las fotos son por Matthew Lester.

Testimonio de reconciliación después de tragedia en Argentina

por J. Nelson Kraybill¹

Bogotá, 7 Febrero, 2018 — Cuando los menonitas de Argentina planearon un congreso de misiones para celebrar el centenario del testimonio anabautista en su país, recibieron un regalo inesperado: el uso gratuito del Palacio Municipal en Malvinas Argentinas, una localidad en el extrarradio de Buenos Aires.

Esa generosidad vino debido a una tragedia que captó la atención de la nación un año atrás, cuando un científico de 24 años llamado David Varlotta, que había sido galardonado, fue asesinado en un incidente relacionado con el robo de un auto.

Lo que hizo que la muerte de este joven menonita fuera noticia en todo el país no fue solamente su capacidad como científico, sino también la respuesta reconciliadora de sus padres. Su perdón y amor impulsaron al alcalde de Malvinas Argentinas a abrir un edificio gubernamental para la reunión de celebración del centenario de los menonitas, que se llevó a cabo el 17 de septiembre de 2017.

David Varlotta captó atención internacional por primera vez cuando ayudó a desarrollar un sistema de purificación de agua de bajo costo a base de energía solar, para uso en zonas rurales de Argentina. La NASA, el programa espacial estadounidense, nombró un asteroide en honor de Varlotta.

Varlotta era además un líder nacional de jóvenes en la Iglesia Menonita Argentina, y estaba estudiando teología.

Aunque no opuso resistencia cuando algunos jóvenes intentaron llevarse su coche frente a la casa de sus padres uno de los asaltantes,



Mirta Soto Varlotta y su esposo Jorge Varlotta, pastores de la Iglesia Evangélica Menonita de Moreno en el gran Buenos Aires, captaron la atención a nivel nacional con su testimonio de reconciliación después de la muerte de su hijo. Foto: J.N. Kraybill

de 17 años, disparó su arma. Su madre, Mirta Soto Varlotta, que sirve junto con su esposo Jorge Varlotta como pastora menonita, presenció el crimen. Cuando el acusado fue sometido a juicio meses después, los padres testificaron.

Es común que los sobrevivientes en ese tipo de circunstancias digan palabras vengativas y llenas de odio a la prensa y en el juicio, pero los padres de Varlotta brindaron perdón. Expresaron un dolor abrumador, pero también preocupación por el bienestar del acusado. El amor que ellos mostraron fue evidente y fue un testimonio para la nación.

Los menonitas son un grupo muy minoritario en Argentina. Suman casi 5.000 personas entre los 5.700.000 evangélicos del país, que es tradicionalmente católico. Las congregaciones menonitas son pequeñas pero dinámicas en toda Argentina. Combinan el activismo frente a problemáticas sociales y de abuso de drogas, con el fervor por la misión y evangelización. Cuando varios cientos de delega-

dos menonitas se reunieron en Malvinas Argentinas, hubo muchos informes sobre el alcance de la misión en las ciudades, pueblos y comunidades aborígenes del país.

Antes del congreso de misiones, los menonitas sostuvieron una celebración al aire libre en la ciudad de Buenos Aires, en un parque adyacente a Puerto Madero. Es ahí donde en 1917 desembarcaron Josephus W. y Emma Shank, y Tobías K. y Mae Hershey, los primeros misioneros menonitas de Norte América.

Dios sigue activo en la sanación de la estela que dejó la tragedia. Mirta, la madre de David Varlotta, ha emprendido estudios para ejercer la capellanía en centros carcelarios, para ministrar a jóvenes acusados o condenados por crímenes.

1. Comunicado de prensa del Congreso Mundial Menonita - CMM.

Ahora entiendo el evangelio (13/20)

La revelación de la justicia de Dios

por Antonio González



La parábola de los jornaleros en la viña.

Por lo general, todos tenemos una idea de lo que es la justicia, y por tanto también tenemos una cierta idea de lo que podría ser la justicia de Dios. Sin embargo, en la carta a los Romanos Pablo nos dice que en el evangelio...

[...] la justicia de Dios es revelada por fe y para fe, como está escrito: «el justo por la fe vivirá» (Ro 1,17).

En el evangelio se revela la justicia de Dios. ¿En qué consiste esta justicia? ¿Por qué la justicia de Dios tiene que ser revelada?

Para presentar la justicia de Dios, Pablo expone primero la injusticia humana, tanto de los paganos como de los judíos (Ro 1,18-3,20), para así destacar, por contraste, la justicia de Dios (Ro 3,5). Entonces pasa a exponer en qué consiste la justicia de Dios, revelada en el evangelio (Ro 3,21-31).

Para entender mejor esa justicia de Dios, conviene tener en cuenta la comprensión de la justicia que Pablo heredó de su cultura hebrea, y que podemos encontrar en el Antiguo Pacto.

1. La fidelidad al pacto

La Biblia hebrea entiende la justicia de una manera muy distinta a como la entendía la cultura pagana en la que se movía Pablo.

Si atendemos a los antiguos autores griegos, como Homero, Hesíodo, o el mismo Solón, nos aparece inmediatamente la idea de una correspondencia inevitable entre las acciones humanas y sus resultados. A esta correspondencia se la llama precisamente «justicia» (*dike*). Los dioses, especialmente Zeus, eran los encargados de impartir justicia, retribuyendo a cada uno según sus acciones. A veces, la justicia era pensada como una divinidad, que gobernaría el universo entero. Esta idea también la encontramos en la tragedia griega, y en los mismos orígenes de la filosofía. La justicia, para los griegos, significaba retribución.

La comprensión de la Biblia hebrea es muy distinta. La palabra hebrea que fue traducida como «justicia» (*sédeq*) nunca aparece unida a la idea de retribución. Para hablar de los castigos, en hebreo, se emplean otras expresiones, como «juicio» (*mispat*), pero nunca la palabra «justicia» (*sedeq*).

¿Qué era entonces justicia? Para los hebreos era «justo» alguien que cumplía con los acuerdos y con las obligaciones recíprocas. Así, por ejemplo, Judá pudo reconocer que Tamar había sido más justa que él, porque él no había cumplido con sus obligaciones hacia ella (Gn 38,26).

El justo, en la perspectiva bíblica, es aquél que cumple con su palabra y con sus compromisos. En el contexto del pacto, es justo quien cumple con lo pactado. El pueblo de Dios podía alabar a Dios diciendo: «Has cumplido tu palabra, porque eres justo» (Neh 8,9).

Es importante observar que esta idea de justicia no contradice el perdón, sino que lo incluye. En la idea griega de la justicia, hay una tensión entre justicia y perdón. Si alguien es justo, y si la justicia consiste en retribución, aquél que es justo tiene que retribuir. Y esto significa castigar al malvado. En cambio, el perdón significaría justamente lo contrario: prescindir del castigo.

En la mentalidad bíblica, la justicia y el perdón no son incompatibles. Todo lo contrario: el perdón es una forma de justicia.

Supongamos que hay un pacto entre dos personas. Una de ellas no cumple con las obligaciones que tiene según el pacto. En ese caso, la otra persona ya no tiene que cumplir con su parte. Pero supongamos que, de todas maneras, la segunda persona quiere seguir cumpliendo con su parte del pacto. En este caso, la segunda persona habría perdonado, y además, habría sido justa. En realidad, no sólo habría sido justa. Habría sido «superjusta», porque habría cumplido con su parte del pacto, aunque ya no tenía que hacerlo.

Pues bien, precisamente ésta fue la experiencia que Israel hizo en su pacto con Dios. Israel no cumplió con su parte del pacto. En muchos casos, Dios ejerció su juicio (*mispat*) contra Israel, abandonando la protección. El pueblo era entonces derrotado por los

enemigos. Esto ciertamente era justo, porque el pueblo no había cumplido su parte de pacto. Sin embargo, a la larga Dios sí se acordó de su pacto, y fue fiel a su palabra, aunque no tenía que serlo. Precisamente por eso el pueblo, al experimentar la restauración, podían proclamar que Dios es justo (Neh 9,8).

Dios era justo porque era fiel al pacto, y era más justo cuando permanecía fiel al pacto, aunque no tenía que serlo. Esto nos permite entender por qué, en el Antiguo Pacto, las personas pueden pedir, al mismo tiempo, justicia y perdón (2 Cro 6,39). Pedir justicia es pedir que Dios se acuerde de su pacto, aunque no tendría que hacerlo, si el pueblo no ha cumplido su parte. En este caso, pedir justicia es entonces también pedir perdón.

Por ello, el salmista puede reconocer su injusticia, y pedir perdón por su pecado, al mismo tiempo que recuerda la justicia de Dios (Sal 51,14; 143,1-2). A pesar de todas las infidelidades del pueblo (Is 30,1-17, Dios espera para tener piedad y compasión, porque es un Dios de justicia (Is 30,18). La justicia de Dios no excluye, sino que incluye positivamente el perdón. Así Dios se muestra como «súper justo», cumplidor de sus pactos, incluso cuando la otra parte no lo hace. Como dice Juan, Dios «es justo para perdonar» (1 Jn 1,9).

Esta justicia es la que Dios muestra en la parábola de los trabajadores de la última hora (Mt 20). Cada uno es retribuido de acuerdo al convenio que Dios había hecho con ellos, no de acuerdo a las horas trabajadas. La justicia basada en el mérito es la justicia de los paganos, que no crea igualdad. En cambio, la justicia de Dios, basada en el pacto, crea un pueblo de iguales.

2. Justicia y Ley

Ahora podemos entender mejor las palabras de Pablo. En el contexto de Pablo, lo que estaba en juego era la «justificación». Dicho en otros términos: cómo llegar a ser justo («justificar» es hacer justo). Esto no significaba primeramente «cómo voy al cielo», sino simplemente «cómo entro en el pacto». Por supuesto, la entrada en el pacto estaba cargada de bendi-

ciones, no sólo para el presente, sino también para el futuro del reinado de Dios.

Concretamente, Pablo se entendía a sí mismo como enviado a los gentiles, es decir, a los no-judíos, y la gran pregunta era cómo los gentiles podían entrar en el pacto con Dios. Los adversarios de Pablo tenían una respuesta bastante obvia: si quieres estar en el pacto de Dios con su pueblo, tienes que cumplir la Torah (la Ley), porque la Ley expresa justamente el convenio que Dios hizo con su pueblo en el Sinaí. Y esto significaba circuncidarse y comenzar a cumplir con todos los demás preceptos de la Ley. En definitiva: si quieres ser parte de un pueblo, cumple sus leyes. Si quieres entrar en el pacto, cúmplelo.

Pablo ve un problema en esto. No que la Ley sea en sí algo malo. La Ley era vista como un regalo de Dios, y por tanto como algo santo y bueno. Sin embargo, el pecado del ser humano, es decir, su tendencia a la autojustificación, puede utilizar la Ley (Ro 7,11-14). En ese caso, la entrada en el pacto sería un mérito propio, conse-



guido mediante el cumplimiento de la Ley. Y claro, Pablo no puede aceptar esto, porque significaría que Cristo murió en vano (Gal 2,21). Precisamente la cruz de Cristo no sacaría de toda lógica retributiva.

Esta es la razón por la que Pablo trata de mostrar, en los primeros capítulos de Romanos, que los judíos son igual de «injustos» que los gentiles. Todos están fuera del pacto. Aunque los primeros tienen la Ley, no la cumplen. Y, desde la mentalidad judía, el incumplimiento de un precepto era un incumplimiento de todo el pacto (Stg 2,10).

Entonces, ¿cómo entro en el pacto? Para Pablo hay otra vía, que conecta precisamente con las promesas de Dios sobre una renovación final del pacto (Jer 31,31-33). Uno puede pertenecer a un pueblo, no por cumplir sus leyes, sino por adherirse a su soberano. Esto es precisamente lo que hace la fe. Cuando alguien cree en Jesús, queda a salvo de los poderes del mundo, y se sitúa bajo el señorío de Dios:

Si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo, porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación (Ro 10,9-10).

Este «confesar» o «proclamar» con la boca y este «creer con el corazón» es la fe que nos salva. Como proclama insistentemente Pablo, somos «justificados», es decir, hechos justos, por la fe. Es lo que tenemos que ver a continuación.

3. Para la reflexión

- Lee Mateo 20.
- Trata de decir con tus palabras cuál es la idea **pagana** sobre la justicia. ¿Cómo se refleja esto en el texto de Mateo 20?
- Trata de decir con tus palabras cuál es la idea **bíblica** sobre la justicia. ¿Cómo se refleja esto en el texto de Mateo 20?

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

sacerdocio, sacerdote — El sacerdocio actúa en representación del pueblo o de la humanidad ante Dios, así como el profeta representa la voz de Dios dirigida al pueblo. Son dos funciones perfectamente diferenciadas, de sentido contrario, ambas necesarias para la religión.

En la Biblia pero también en todos los tiempos y religiones, los sacerdotes han sido profesionales de la religión. Había que recurrir a ellos para funciones como —típicamente— la presentación de sacrificios a los dioses (o al Dios único de la Biblia). Para estas funciones el clero sacerdotal era consagrado como personas especiales, apartadas del resto de la sociedad por su carácter de intermediarios ante la deidad.

Desde muy temprano en la Biblia, sin embargo, aparece la idea de que Dios aspira a tener «un reino de sacerdotes, una nación consagrada» (Ex 9,6). Es una noción que reaparece en diferentes textos en ambos Testamentos, expresada de diferentes maneras. La forma típica de expresar esto en la teología cristiana es referirnos al «sacerdocio de todos los creyentes». Fue una noción muy defendida por la Reforma protestante; pero no es ajena al catolicismo, que también la acepta sin renunciar por ello a un clero de sacerdotes especialmente ordenados.

El sacerdocio de todos los creyentes (o reino o nación de sacerdotes) no significa que ya no necesitamos sacerdotes, que cada persona se vale por su propia cuenta para representarse a sí misma delante de Dios. La idea de que ahora cada cual se representa a sí mismo es una distorsión comprensible, pero de todas maneras una distorsión. Lo que significa «el sacerdocio de todos los creyentes», es que la función sacerdotal se desprofesionaliza y generaliza en todo el pueblo. Todos somos quién para interceder ante Dios por cualquier otro ser humano y por la humanidad entera. Todos somos quién para acercarnos a Dios en nombre de otra persona cualquiera, para pedir que Dios perdone sus pecados y tenga a bien tratarlo con misericordia y bondad.

El resultado no es que yo ya no necesito a nadie, que entre Dios y yo nos entendemos solos y nadie tiene por qué meter sus narices en mi espiritualidad. El resultado es que en lugar de un único profesional que intercede por toda la comunidad, esta función está ahora delegada en todos nosotros y vosotras, dependemos todos unos de otros, somos sacerdotes mutuos para interceder ante Dios unos por otros y por el mundo entero.

En el Antiguo Testamento tenemos muchos ejemplos de personas importantes, particularmente reyes de Israel o gobernadores en Jerusalén por cuenta del rey persa, que elevaban oraciones de alabanza y adoración a Dios en representación del pueblo. Pero si somos todos sacerdotes, ya no hace falta que las oraciones de alabanza a Dios en representación del pueblo sean pronunciadas por una persona de rango social descollante. Cualquiera de nosotros y vosotras es quién para levantar su voz en nuestras asambleas y hacer oír sus alabanzas que nos representan a todos.

Jesús, en su ejercicio particular de esta función sacerdotal —la de representar al prójimo y defender su causa ante Dios— acabó perdiendo la vida ejecutado por las fuerzas del orden y la religión. (Jesús fue también profeta, por supuesto, y su ejecución puede explicarse asimismo como consecuencia de declarar sin pelos en la lengua la proximidad del Reinado de Dios.)

Esas fuerzas del orden y la religión que ejecutaron a Jesús y perseguían a los apóstoles, se conocen en el Nuevo Testamento como «principados y potestades». «Principados y potestades» es una expresión que aunque clara y netamente política, indica también una dimensión espiritual o inmaterial de resistencia contra la soberanía última de Dios. Aunque se hacen presentes en cada instante histórico en personas en particular que ejercen esa función, la función en sí es algo más grande y más imperecedero que la persona. El príncipe o el potentado puede morir o ser destituido, pero su principado o potestad sigue ahí, encarnado en la persona que le haya sustituido. Por eso nuestra

intervención sacerdotal no puede ser nunca «contra carne y sangre», sino que tiene que ser consciente de esa dimensión invisible que tienen «en las esferas espirituales».

Representar fielmente ante Dios a sus amigos y seguidores, a las multitudes que acudían a ellos buscando liberación y salud, costó a Jesús la crucifixión y a los apóstoles persecución y martirio. Penetrando en las esferas espirituales en nuestra actividad intercesora y para dar voz a la adoración del pueblo de Dios, molestamos inevitablemente a todos aquellos poderes que se han endiosado. Se sienten cuestionados por los anhelos de liberación, salvación y salud que expresamos a favor del prójimo, y por nuestras alabanzas de devoción única al Señor.

En esta dimensión sacerdotal, entonces, como en otras dimensiones de nuestra vida como cristianos, tenemos una vocación y un privilegio inconmensurable: padecer juntamente con Cristo, para asemejarnos también a Cristo en gloria.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org